

BASTIDAS, ANTONIO (1615 - 1681)

*FLORES PANEGÍRICAS*

(Selección)

*Al festejo que hicieron los pasajeros a Nuestra Señora de Paita, en reconocimiento del buen viaje que les había dado.*

LOA

Llegose el dichoso día  
en que en la arena escamosa  
saludamos los cristales,  
nos fiamos de las ondas.

De Panamá despedidos  
(salamandra de sí propia,  
que eternamente revive,  
ya entre incendios, ya en congojas),

alegres dimos al Sur  
de la nao pujante proa,  
siendo el Perú el Norte amado  
de la voluntad gozosa.

Despegose el lino al viento,  
y apenas los aires corta,  
cuando rémora a su vuelo  
isla del mar fue Taboga.

Hija hermosa de Neptuno,  
en cuyo sitio Pomona  
logró más fecundidades,  
que en las Piérides todas.

Aquí el Mayo, y el Octubre,  
en admiración gustosa,  
este sitio habitan siempre,  
ya en fruto, ya en flor, ya en hoja.

Siendo de Tetis al rostro  
verde lunar, que le adorna,

a quien de cristal los cercos  
desvanecen más su pompa.

En breves días dejamos  
a las espaldas y a popa  
la amenidad de este sitio,  
la tierra dejamos toda.

Golfos sulca ya la nave,  
de abismos de tanta monta,  
que profundidades mide  
a distancias de las zonas.

Busca la vista si puede  
descubrir en su derrota  
alguna orilla a sus aguas,  
algún término a sus ondas.

A breves lances un monte,  
atalaya de la costa,  
registraron nuestros ojos  
no sin la atención dudosa.

Pero despejado el aire,  
conocimos la Gorgona,  
que a violencias de las aguas  
¿qué vigilancia no dobla?

No desmayó el corazón,  
que en peligros más de monta  
halla asilos en MARÍA,  
amparos en ella logra.

De Monserrate la Imagen  
todos humildes invocan,  
obedeció el mar y el viento,  
éste y aquél la lisonja.

Agradecidos rendimos,  
en la que vive Custodia,  
si los labios a sus aras,  
de amor fuego a sus antorchas.

No se estrecha en un lugar  
ni su amparo, ni su gloria;  
en muchas se multiplica

porque la hallemos en todas.

Entre las toscas arenas  
de este mar y de esta costa  
de Paita, Panteón erige,  
tosca funda a tanta joya.

Levanta farol en ellas,  
que el navegante entre sombras,  
conducido de su luz,  
ni peligra, ni zozobra.

Norte es hermoso a quien mira  
el piloto en su derrota,  
ninguno acertó en el rumbo,  
que desviase su proa.

Es la aguja, que los vientos  
tan iguales los conforma,  
que el timonel no delira,  
si la atiende y mira sola.

Es la luna hermosa y bella,  
que aunque de Paita se nombra,  
no ha burlado los deseos  
del que confiado la invoca.

Rige mejor que Neptuno  
al tridente de su boca  
el mar, cuando más furioso,  
o se rebela o se azora.

El freno tiene a los vientos,  
sin que desbocados corran,  
y al impulso de sus labios  
sus altiveces reportan.

¿Quién, rendido a aquesas plantas,  
oh, soberana Señora,  
no pregona estos prodigios,  
no vocea estas vitorias?

Con propiedad de Mercedes  
te ajusta el título y honras,  
porque cualquier beneficio  
por merced decretas propia.

Reconocidos a aquésta  
(no se tenga por lisonja)  
una comedia ofrecemos,  
corto festejo a tu gloria.

Cifra es de un crecido amor  
lo trágico de la historia;  
que llegar a dar la vida,  
es lo que más se remonta.

De esta verdad que publico,  
el Conde de Fez es norma,  
pues el amor y el secreto  
lo redime a tonta costa.

Si del Padre Eterno Hija,  
si del Espíritu Esposa,  
si del Hijo amado Madre,  
MARÍA, todos te invocan,

si a la Trinidad sagrada  
eres Templo, eres Custodia,  
la Trinidad en los suyos  
bien es conozca estas glorias.

Recibe, pues, el servicio,  
y a la Nao, que así se nombra,  
del Callao al puerto amado  
condúcela generosa.

Al auditorio que escucha  
en tan discretas personas,  
no pido audiencia, que ofendo  
sólo con la duda sola.

Porque siempre el entendido  
se ha anticipado a las honras,  
no aguardan que se las rueguen,  
que diera de necio nota.

Si hemos tenido buen gusto,  
habla ya por sí la obra,  
las faltas serán las nuestras,  
que la comedia es famosa.

*A nuestra Señora de Guápulo, el día de la festividad de las Nieves.*

LOA

Vistoso Sol, oh MARÍA  
luce en nevados zafiros,  
cielo, que de dos amantes  
le consagro afecto pío.

(Sabias togas, do se acata  
el regio esmalte de Tiro,  
que en alteza tan suprema  
se emboza todo un Filipo).

(Pastor sacro, a quien el docto  
solo os conoce en el silbo,  
que es tan sutil vuestro aliento,  
que le ignora el tardo oído.)

Y aunque es el Agosto ardiente,  
gira en congelados vidrios;  
prodigio, que ya los rayos  
vivan helados peligros.

Su rojo esplendor abriga  
de viriles cristalinos,  
quizás porque con esfuerzos,  
abrascase por más activo.

Mas ¿parece que la vista  
busca el riesgo sin aviso,  
cual la incauta mariposa,  
que se ronda el precipicio?

Que examinar en la nieve  
del sol los lucidos visos,  
más es buscar escarmientos,  
que créditos del sentido.

Desvanézcase el temor,  
no se recele el peligro,  
temer nociva influencia  
en MARÍA, es ya delito.

Sus virgíneos esplendores  
acreditan ojos limpios,  
pues águilas rayo a rayo  
peinan su candor activo.

Crédito sean dos almas,  
dos corazones unidos,  
que de Himeneo a las aras  
fueron casto sacrificio.

Que si franca la fortuna  
de Ofir les dio el metal fino,  
con mano avara les niega  
el mejor colmo en los hijos.

Mas ¿cuándo dio por entero  
el bien? ¿cuándo dio el alivio?  
y con tales escaseces  
la idolatra más de un rico.

Destinan por heredera  
a MARÍA, ¡cuerdo aviso!  
logrado mejor en ella  
sus haberes que en los hijos.

Y porque el blanco no yerren,  
donde asestaron sus tiros,  
en yermo suelo les siembra  
en copos nevados lilios.

(Que no por yerma una tierra  
debe gozar los desvíos  
penando, porque en la usura  
no trata su estéril sitio).

Inspírales que le erijan  
sagrado a su culto asilo;  
mejor le dijera cielo,  
pues al Sol contiene mismo.

En hombros de blancos polos  
fian sus lucientes giros;  
pero si son de una Virgen  
cándidos serán sus quicios.

Ésta es copia mal formada  
con colores de mi estilo,  
de aquel prodigio, que en pasmos  
veneró el pasado siglo.

Es idea de la pompa,  
que oculta aqueste retiro,  
y en gustosa emulación  
hoy aplaude nuestro Quito.

Sacra custodia de un ángel,  
de milagros un abismo,  
que Guápulo en corto espacio  
golfo abrevió de prodigios;

original de este alcázar,  
que compite con los signos,  
y tal vez sus artesones  
imán les fueron benigno;

de aqueste erguido panteón,  
de este glorioso obelisco,  
tan vecino de la aurora,  
que es del sol primer registro;

atalaya de estos montes,  
corazón de aquestos riscos,  
nave que a impulsos del aire  
el campo navega a silbos;

prototipo en fin del cielo  
de un Sol, que en canoros nichos  
de querubes soberanos  
tiene su asiento lucido,

sobre afectuosos polos  
estriba este sacro olimpo  
de dos consortes, que un alma  
unió con lazo indistinto.

Dos basas son de su culto:  
¡portento, que en este siglo,  
para el bien se ayuden dos,  
cuando lo calumnia el vicio!

Más hombros tiene Bilán

de un Alcides, que en olimpos,  
y en esferas de piedad  
un punto no ha desistido.

Sostituye al peso excelso,  
que fio de su alto brío  
un Atlante o un Cristóbal,  
Martín generoso y pío,

Argos atiende a su honor,  
mejor que aquese zafiro,  
cuando en piélagos de sombras  
cuelga faroles lucidos.

Y si entonces a MARÍA,  
y a su culto le fue asilo  
un yermo, esta soledad  
para su honor ha elegido.

Mas hoy tan poblada toda  
de Dianas, de Narcisos,  
que aun dudo tanta beldad  
agote todo el guarismo.

No sólo en airosas galas,  
no sólo en lustroso aliño,  
cada galán es un mayo,  
cada dama un paraíso;

pero más por su piedad  
en los jazmines y lirios,  
quizás porque ni aun la nieve  
le faltase a aqueste sitio.

En este albergue dichoso,  
en este cielo o zafiro,  
un sol virgíneo sus rayos  
difunde siempre benignos.

Tan a colmo de las plantas,  
y de la mies al arbitrio,  
que sus macollas gozaron  
su ardor en frutos opimos.

Y si su verdor, fomentos  
pide en partos cristalinos,



fluctuar se mira la tierra  
en improvisos abismos.

Desatando sus incendios  
tanto cristal desunido  
de las nubes, que a sus rayos  
sostituyeron sus vidrios.

Cambia su amor tantas formas,  
y estudia tantos estilos,  
que ya la contemplo nube,  
ya sol, ya claro rocío.

Semejante de Israel  
a aquel pasmo del Egipto,  
que si astro mayor de noche  
acaudilla su destino,

en sombra trueca su día  
al ardor del sol nocivo,  
que sabe Dios de la luz  
sombras tejer al amigo.

Ya en grata lluvia deshace  
su aparato tan lucido:  
¡piedad ajar lucimiento  
proprio en ajenos conflictos!

Del pueblo a la mendiguez  
vierte pródigo rocío,  
que dar (si no puede) en llanto,  
nobleza es de un pecho pío.

Mejor que éste, su poder  
muestra, a su piedad asido,  
María, porque su amor  
es un Prometeo divino.

¡Cuántos tocaron su puerto,  
cuántos hallaron asilo,  
que en el mar de sus dolencias  
fueron fábula al conflicto!

¡Cuántas procelosas ondas  
bebieron de sus delitos,  
que al abrigo de su arena

reconocieron rendidos!

A esta verdad, cuantos votos  
ornan aqueste edificio,  
son apoyo cuantas ansias  
son a su amparo testigos.

A todos su amor alcanza,  
su pecho a todos benigno,  
y si a todos, todos juntos  
nos mostremos hoy festivos.

Que si no somos los cisnes  
de este teatro o caístro  
(porque mucho desazona  
quien se aplaude presumido),

seremos de Apolo al coro  
el bajo en humilde estilo,  
que esta voz en consonancias  
el punto fue más subido.

Sea el asunto o materia  
el de un ingenio divino,  
que supo hermanar agravios,  
sin queja a un sujeto mismo.

Dos agravios sin ofensa  
admiraréis con avisos,  
que no siempre las comedias  
se ordenan a precipicios.

Que entre los ascos del cieno  
brilla tal vez el jacinto,  
pues aquéste el cuerdo estime,  
que es acreditar su juicio.

Esto a nuestro amor, si al vuestro  
no escatimar los oídos,  
que está de mal gusto el alma,  
cuando niega este sentido.

En tal fiesta aqueste aplauso  
solo cortesés pedimos;  
nobles sois, y casi entiendo  
era excusado el aviso.

*A la Asunción de María Santísima.*

LOA

En este vergel humano  
yace mustia la más bella  
rosa, que en purpúreos rayos  
mereció doble diadema.

(Sabia toga, en quien se admira  
del gran Filipo la alteza,  
donde la piedad y el celo  
próvidamente se alternan,

de cuyo regio esplendor  
hoy se ciñe su cabeza,  
cuando la preside atento  
de un Don Martín la nobleza).

Pues entre las otras flores  
es MARÍA la que alienta  
esmeros de su hermosura,  
beldad duplicando en ellas.

De la parca el ímpio hielo  
su nieve y púrpura altera,  
porque de un fatal ocaso  
no la redimió su alteza.

Mustio vieron su candor,  
ajada tanta belleza,  
que muchos siglos hermosos  
un sepulcro los abrevia.

Sintió el orbe doloroso  
al ver sin vida a su Reina,  
y aquellos bellos esmaltes  
sin la hermosura primera.

Pero ¡oh qué cambio tan alto:  
de aquella mortal pavesa,  
de aquellas leves cenizas

mejorada vida hereda!

Pues si de este humano cielo  
flor la festejaron bella,  
ya del vergel del empíreo  
por sol florido se ostenta,

un rayo siendo cada hoja,  
un esplendor cada hebra,  
y cada purpúreo esmalte  
de luz una hermosa huella.

Con que en el zafir vistoso  
sol y rosa así se apuestan,  
que claros florece rayos,  
y brilla púrpuras tiernas.

¡Oh qué alteza de MARÍA!  
pues goza sin competencia  
con duplicado esplendor,  
por sol y por flor la esfera.

Del Rosario sus devotos,  
si por sol su ardor remedan,  
al aclamarla por Madre,  
las rosas brotan sus lenguas.

Y aunque sin cuenta a los gastos,  
la devoción muchas cuenta,  
que son ceros sin sustancia,  
si ésta falta en las expensas.

Para festejar sus dichas,  
y las glorias de su Reina,  
hoy os presentan sus hijos  
una famosa comedia.

*Aun de noche alumbra el sol*  
es el mote de su idea:  
¡oh qué nacido a MARÍA,  
y de su muerte a la empresa!

Que si la muerte en sus sombras  
florida luz la funesta,  
aun en sus negros horrores  
sol sus rayos más aumenta.

Pues en lobreguez fatal  
lucen tan claro planeta,  
*que si en noche alumbra el sol,*  
vence su luz las tinieblas.

Y pues a pares los soles  
sus claros rayos franquean,  
cuando veneréis al uno,  
el otro atención merezca.

No mal ceñís, no, su luz,  
que esas son muy bajas nieblas,  
que se fraguan de vapores,  
que exhala una injusta lengua.

Pero ¿para qué me canso,  
que el sabio es fuerza agradezca  
este empeño, y a su ejemplo  
quién habrá que no me atienda?

*A San Blas obispo.*

LOA

Primeros rayos apenas  
de la justicia ilustraron  
a Adán, cuando tristes sombras  
anticiparon su ocaso.

Relámpago fue de luz  
el sol de su día claro,  
duda siendo al pensamiento  
si certeza al desengaño.

Este breve resplandor  
aun los brutos veneraron;  
respeto siendo su nombre,  
cuando su ciencia admiraron.

Anocheiose a su vista,  
y la obediencia le alzaron,  
que es falta de entendimiento

no respetar al postrado.

A lo agreste de los montes  
vencidos se retiraron,  
feroces por sólo dar  
al hombre continuo asalto.

Sirvieron aquesos riscos  
castillos, quizá por altos,  
que al pecho cobarde aspira  
siempre a lo más resguardado.

Esta altivez, este orgullo,  
por siglos bien dilatados,  
al menos osado bruto  
estimuló desacatos.

Pero ¡oh prodigio! ¡oh portento!  
no sé que divinos rayos  
reconocieron en Blas,  
que obedientes le acataron.

El asombro de los bosques,  
el león y el tigre hircano  
se le rinden, privilegio  
que Adán obtuvo por raro.

De la gracia aquel candor  
en él sin duda admiraron,  
que menos rayos sus ojos  
no respetaran postrados.

Y si en los feroces brutos  
logró nobles agasajos,  
no menos el mar soberbio  
le hospedó en sus ondas grato.

La cerviz, que en inconstancias  
deshizo el yugo a pedazos,  
que le pone grave nave  
impelida de los austros,

él la huella tan glorioso,  
que me temo que se helaron  
sus cristales, porque vieron  
del poder de Dios un rasgo.

Más generoso trofeo,  
que esotro, si no me engaño,  
que hacer lo mudable firme  
es hoy del sentido pasmo.

Si os admira aqueste asombro,  
no es menor el que yo hallo  
n ingeniosa comedia  
para festejo del Santo.

Celos, amor, y cordura,  
es un asombroso espanto,  
que se bisagren opuestas,  
y amigas se den las manos.

¿Hay mar que más se aventaje  
en inconstancia al mar bravo,  
que unos celos, y se humillan  
de la cordura al pie casto?

¿Hay Mongibel más fogoso  
que desvanezca en penachos  
de fuego su erguida cumbre,  
cuando a la esfera da asaltos?

¿Hay pira que en rojas llamas  
más se avecine a los astros  
como el amor, cuando ardiente  
se fomenta con halagos?

Pues este fuego, este mar  
de este aquel monstruoso parto,  
(¿a quién no admira que el fuego  
conciba cristal tan raro?)

solicita la cordura,  
que así se entregan los brazos,  
que ya las aguas encienden,  
y el fuego baña más claro.

Celos serán del saber,  
noble amor, dulce agasajo,  
y cordura, todo junto  
el darnos oídos gratos.

Festejaremos a un tiempo  
todos a tan raro santo,  
si os ayudáis al silencio,  
y nosotros de los labios.

*Al ilustrísimo señor don fray Pedro de Oviedo, arzobispo de Quito, en el día de San Luis  
Rey de Francia, patrón del Colegio Seminario.*

LOA

Despreciado el valle humilde  
de aqueste terreno globo,  
águila caudal hoy Luis  
vive del empíreo escollos.

(Norma recta de lo justo,  
timbre excelso de lo docto,  
erario de la virtud,  
y de la prudencia colmo).

De cuya eminente suma,  
de cuyo sublime solio,  
sin bastardear en la vista  
todo un sol contempla absorto.

Tan descubierta le mira,  
tanto le atienden sus ojos,  
que pudieran rayo a rayo  
distinguirle sin estorbos.

Y aunque sulca de su luz  
aquellos inmensos golfos,  
vaivén no teme en sus ondas,  
que es mar que vive en reposo.

Y si del amor divino  
aspira el ardiente soplo,  
glorioso impele su nave  
a descréditos del noto.

Gozando a un tiempo en el mismo  
favonio, el golfo, el piloto,  
y con logro de sus ansias



el puerto, el norte, o el polo.

Y si el águila real,  
galeón viviente, que en hombros  
del aire navega ufana  
a impulsos de aliento propio,

expone a los rojos rayos  
de aquese luciente globo,  
por distinguir al bastardo,  
del que es pollo generoso;

así nuestro Luis invicto,  
águila en el ser heroico,  
ya que no examina arroyos  
de aquel ser eterno y solo,

de un ViceDios en su Iglesia,  
de un Oviedo generoso,  
al Sol sagrado sus hijos  
quiere examinar por propios.

Y si muchos a sus luces  
ejecutoriaron, doctos,  
lo sublime de su ingenio,  
y de sus letras lo honroso,

hoy el examen me toca,  
¡casi me faltó al asombro!  
que es mucho mar el que emprendo,  
y barco, el discurso, poco.

Y en confusión tan crecida,  
sólo me embaraza corto  
tu culto, que en ignorarte,  
tu majestad más abono.

Que le ofende lo supremo,  
que se llega a ajar lo heroico  
de nuestras noticias, cuando  
más le acredita el embozo.

Mas ¿qué temo? ¿qué recelo?  
sin duda, sin duda ignoro  
tu magnánima excelencia,  
y tu pecho generoso.

Porque estudias las piedades,  
no te niegas a socorros,  
que tal vez el humanarse  
hecho fue de un Dios glorioso.

Que al sol entonces le aclaman  
rey las aves en sus coros,  
cuando se muestra al oriente,  
roto el dosel tenebroso.

Rayo a rayo, pues, ya admiro,  
depuesto lo temeroso,  
en lo capaz de tu esfera  
lo inmenso de tus tesoros,

lo prudente de tu celo,  
huyendo lo escandaloso;  
si corriges sin estruendos,  
castigas sin alborotos,

de tu justicia lo igual,  
pesa los méritos solos,  
que en tu tribunal no abogan  
los cautelosos sobornos.

Calidad de rayo anima  
tu fortaleza en lo brioso,  
que si perdona al humilde,  
escarmiente al poderoso.

La templanza en tus acciones  
los hechos regula de otros,  
que al que este freno no ajusta,  
es muy desbocado o loco.

Tu soberana largueza,  
dejando extremos odiosos,  
ni a Alejandro le acompaño,  
ni con Midas la compongo.

La piedad que en ti venero,  
aunque la gozan hoy todos,  
de ti huyen sus noticias,  
que te culparás por corto.

Que hay dádivas, que a las voces  
deben sus crecidos colmos,  
tan vanas, que su substancia  
fundan en débiles soplos,

como truenos, que espeluzan  
los más elevados olmos,  
amagos siendo sus bríos  
aire siendo sus asombros.

Tu humanidad es el sol,  
que con imperio amoroso,  
si los sollicitas Clícies,  
rayos te rondan absortos.

Si a océanos de tu ciencia  
buzo me arrojé curioso,  
bellas se ostentan las perlas,  
ricos brillan los tesoros.

De un Tomás luce lo agudo,  
y lo moral de un Gregorio,  
de un Crisólogo el concepto,  
de Bernardo lo piadoso.

Esmaltes logra Agustino,  
Niseno glorioso apoyo,  
y Jerónimo respetos,  
si luz erudita Arnoldo.

Siendo tan francas tus venas  
y tu raudal tan undoso  
que si ha gustado al que sabe,  
no se ha negado al indocto.

Lucidos rayos son éstos,  
que abonan más tu decoro,  
y bello esplendor, en quien  
más te acreditas Apolo.

A cuya luz mi ignorancia  
ha examinado sus ojos,  
no presumo que tus rayos  
los ha numerado todos.

Que vanidad tan activa

es precipitado arroyo,  
que a su número crecido  
es todo el guarismo corto.

Si sol, si galante Febo  
luces con candor lustroso,  
el plantel de este Colegio  
sus dichas merezca a colmos.

A cuyo abrigo y fomento  
logren sus tiernos pimpollos,  
si nuevo esmalte a sus ramas,  
grato verdor a sus troncos.

Consiguiendo nuestro Luis  
con rico y crecido logro,  
a empeños de tu saber,  
a sus gozos nuevos gozos.

Que tanto tu ciencia ilustre  
acredita sus elogios,  
que al contraste de tus labios,  
los suyos apura el docto.

Tanto inundan sus corrientes  
y se extienden tan a golfos,  
que cualquier otro discurso  
ha de ser del tuyo arroyo.

Conocemos el empeño,  
el beneficio es notorio,  
galantear la confusión  
es estudiar el retorno.

Valgan por satisfacción  
divertimientos de mozos,  
desempeño de las Musas  
de un coloquio en lo ingenioso.

Muy corta, es la recompensa;  
pero un pecho generoso  
hidalgamente recibe  
de un pobre cualquier retorno.

*Malsabidilla* se aclama  
el festejo que os propongo,

mas aseguro al discreto,  
que es alma, que ingenio es todo.

No demando, no, silencio,  
porque si el que escucha es docto  
como lo estudia lo enseña,  
ciencia es que la saben pocos.

Al necio no se lo pido,  
ni al que fiscaliza momo,  
que fuera darles la gloria,  
de que no eran uno ni otro.

*Al ilustrísimo señor don Agustín Ugarte Sarabia, dignísimo obispo de la ciudad de Quito.*

LOA

Mucho debo a mi osadía,  
(oh Areópago generoso,  
donde ese cielo de Astrea  
tiene sus dos firmes polos),

mucho empeño a mi osadía  
hoy debo (Príncipe heroico,  
Pastor, cuyo silbo alienta  
y al lobo sirve de asombro);

mucho debo a mi osadía  
en estos riesgos forzosos,  
que si el temor consultara,  
me negara a los elogios.

Pues son asunto a la fama  
los hechos de nuestro Apolo,  
que, al no caber en un mundo,  
buscan desahogo en otro.

Gozole el orbe español,  
y por excusarle ocioso,  
rayó en mejoradas luces  
de América el nuevo globo.

Saludáronle cortesés

aquellos salados golfos,  
que a la Cartagena ilustre,  
sirven cristalinos fosos.

Aquí le temieron Argos  
de la herejía los monstruos,  
que vigilante su fe  
multiplicó muchos ojos.

¡Sus atesadas tinieblas,  
cuántos fomentaron odios!  
mas ¿cuándo la obscura sombra  
vio con paz al sol hermoso?

Atento a su vigilancia  
de Roma el Pastor glorioso  
mayor esfera le busca;  
que a su esplendor todo es corto.

Ciñe, pues, la mitra ilustre  
a sus méritos dichosos,  
que embarga una suficiencia  
los más sublimes retornos.

Guatemala afortunada  
le goza Príncipe heroico;  
y el humilde y desvalido  
Padre en repetidos logros.

Mucho ciñera sus rayos  
en hemisferio tan corto,  
adelantó su carrera  
de Arequipa al alto solio.

Benefició muchos días  
sus dilatados contornos;  
¡oh qué envidias de sus glorias  
tuvieron climas remotos!

Este Obispado lo diga,  
que con crecidos ahogos,  
temió cariños de aquél  
no le tuviesen gustoso.

Con que repetidas ansias  
batalló con los estorbos;

que es dogal la detención  
al que espera ser dichoso.

Casi en dos años de ausencia  
vacilara aun un escollo;  
nuestro amor solo ha podido  
ser Atlante de sí propio.

No desesperen deseos,  
que un bien grande es muy costoso,  
y, si lo dilata el tiempo,  
el tiempo también da el colmo.

Nuestras dichas hoy lo digan,  
publíquelo nuestra gozo,  
que, si al sol lloró en ausencia,  
a su luz ríe gustoso.

Ya le tiene nuestro Quito,  
y aquestos montes famosos,  
cuyas plantas hoy coronan  
sus más erguidos escollos.

Bien puede de su virtud  
temer el escandaloso;  
que es muy cobarde el delito  
de una piedad a los ojos.

Ya en su redil los corderos  
abriga en vivientes copos;  
¡qué de nieve a su pureza  
debemos sus hijos todos!

Lo entendido en su enseñanza  
conseguiste, Clero docto,  
que aumentos goza el saber  
a rayos de tal Apolo.

Esta extendida Provincia,  
que en sus esforzadas hombros  
tanta Nobleza sustenta,  
tanto timbre generoso,

logra en ti, corona ilustre,  
¡oh Agustín, eco de esotro!  
(del África fue aquél gloria,

tú de Quito el mayor colmo).

Ya la tiara a tus sienas  
se te debe con decoro:  
si la ciñen tres coronas,  
tres te coronan en torno.

Albricias pido, Señores,  
de otro sol, con que dichosos  
hoy con duplicadas luces  
arden más nuestros contornos.

Mas ¿qué mucho si Arriola  
nos ilustra generoso?,  
que príncipes luminas  
lucen más uno con otro.

Dos montes son el blasón  
de nuestro Quito lustroso,  
y si duplican sus cumbres,  
es porque sirvan de polos;

donde el cielo del gobierno  
a un arbitrio gira solo,  
que un Laso a dos voluntades  
pudo estrechar amoroso.

Las dos balanzas de Astrea  
de Arriola sustenta heroico  
el brazo, porque se admire,  
que es justiciero y es docto.

Porque si carga en la una  
de la espada el justo pomo,  
en esotra de las ciencias  
el volumen judicioso.

La sabia Jurisprudencia,  
aunque goza en él su colmo,  
de las demás lo más alto  
alcanzó su ingenio pronto.

Mas ¿qué altiva ambición el pecho altera?  
pues príncipes tan altos a mi acento  
reduzco incauto, que su corta esfera  
aun lo menos no alcanza a este argumento.



Solo diré de un pecho, que se esmera  
por serviros en noble rendimiento,  
Zúñiga y Mera es nombre y ascendencia:  
colegid ya de aquesto su eminencia.

Un coloquio os ofrece su cuidado,  
que es de su amor esmero generoso,  
su asistencia es quien digno le ha ilustrado,  
es su ingenio quien te ha hecho más lustroso.  
De ti solo, oh gran príncipe, el agrado,  
si te sirve pretende cuidadoso,  
y del discreto un vÍctor repetido,  
no del labio, mas sea del oÍdo.